

EL ÚLTIMO SECRETO DE LEONARDO

DAVID ZURDO
ÁNGEL GUTIÉRREZ

EL ÚLTIMO SECRETO DE LEONARDO

algaida



Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: 2022

© David Zurdo y Ángel Gutiérrez, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-712-5
Depósito Legal: SE. 107-2022
Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A finales del siglo XIX, bajo el Pont au Change de París, en el lecho del Sena, fue hallado un misterioso medallón de plomo. En él estaban grabados los escudos de las casas de Charny y de Vergy; y entre ellos, la imagen del santo sudario de Cristo.

El medallón fue estudiado por un profesor de la Universidad de la Sorbona. Allí, oculto en su interior, encapsulado en el metal, descubrió un enigmático mensaje templario.

En la actualidad se muestra una copia del medallón a los visitantes del Museo de Cluny.

PRIMERA PARTE

EL SOL DE LA MAÑANA HACÍA REFULGIR EL AGUA ONDU-
lante de la fuente situada en el centro de la Piazza della
Signoria, en Florencia; esa misma plaza que, algunos
años atrás, había presenciado la quema en la hoguera del ilu-
minado Savonarola, y que albergaría orgullosa, poco después,
el colosal *David* de Miguel Ángel. Paseando en torno a la fuen-
te, un hombre pulcra y elegantemente vestido, con una amplia
túnica rosada, parecía estar absorto en sus pensamientos, aje-
no al ajetreo de la plaza, al sonido de las ruedas de los carrua-
jes en el adoquinado, a las voces de los mercaderes y las vende-
doras, al trajín de los sirvientes del Palazzo Vecchio y de la
Loggia dell’Orcagna. Su porte era distinguido y la abundante
barba plateada que ostentaba le confería venerabilidad, au-
mentada por la expresión de su rostro, de extraña hermosura,
su mirada profunda y su caminar majestuoso. Era el Divino
Leonardo da Vinci, que en aquel entonces contaba cincuenta
años y hacía varios meses que trabajaba, como ingeniero mili-
tar, al servicio de César Borgia.

Leonardo reflexionaba sobre un nuevo encargo de su patrón, una obra de ejecución difícil y compleja, a medio camino entre el arte y la ciencia. La confianza de Borgia en sus aptitudes estaba en un punto elevado, ya que había conseguido proyectar con éxito las defensas de las fortalezas que poseía en la Romaña. Pero esto era muy diferente, un encargo que debía mantenerse en el mayor de los secretos y que Leonardo no estaba seguro de poder cumplir. Tan ensimismado paseaba, interiorizado en sus ideas, que ni siquiera se dio cuenta de la proximidad de Nicolás Maquiavelo, que lo había visto al entrar en la plaza y se aproximaba a él para saludarlo.

Maquiavelo era un hombre de corta estatura y rostro enjuto, en contraste con la majestad de Da Vinci. Más joven que este, solía vestir de oscuro y ocultaba su incipiente calvicie con un extraño bonete de fieltro, coronado por una gran borla lanuda y enmarañada. Sin embargo, a pesar de su aspecto algo lúgubre, era una persona enérgica, cuya cálida y estimulante conversación no ocultaba del todo un espíritu frío y calculador. En aquellos días trabajaba como secretario en la Cancillería de la Guerra y Asuntos Exteriores de la República de Florencia.

Al acercarse a Leonardo, este se dio la vuelta de improviso, con vehemencia, de un modo tan inesperado que hizo chocar a ambos. Maquiavelo clavó la nariz en el pecho de Da Vinci, perdió su gorro y dejó caer al suelo los gruesos libros de leyes que llevaba bajo el brazo.

—¡Oh, maese Maquiavelo! —exclamó Leonardo al verlo, saliendo de su trance con cierto sobresalto.

—Todo lo que se eleva del suelo debe caer en algún momento —replicó Maquiavelo.

Su tono burlón denotaba uno de los rasgos más evidentes de su carácter: la ironía. Una cualidad que años más tarde

tendría la oportunidad de convertir en agrio sarcasmo, cuando la República fue derrocada a favor de los Médicis y tuvo que sufrir prisión, tortura y aislamiento; época en la que escribiría sus obras más famosas, fruto quizá del desencanto y la amargura; época en la que, en su soledad, entablaría las célebres tertulias simuladas con grandes personajes de antaño.

Leonardo se agachó para ayudar a su amigo a recoger sus cosas. No sabía con certeza qué había ocurrido, pero sospechaba que él era responsable de algún modo.

—Disculpadme, Nicolás. Estaba ausente...

—No os preocupéis —dijo Maquiavelo esbozando una tenue sonrisa de malignidad casi leonardesca. Y señalando hacia el suelo añadió—: Ahí deberían estar siempre esos libracos, llenos de los desatinos de seseras vacías. Y bien, ¿estabais lucubrando sobre alguno de vuestros inventos?

—Solo trato de despejar mi mente. Los últimos días han sido... muy fatigosos.

Maquiavelo observaba a Leonardo a la vez divertido y temeroso de que iniciara una de sus interminables disertaciones, que él ni entendía ni quería entender.

—Debéis perdonarme, amigo mío. Solo quería saludaros y deciros que comuniqué vuestra gratitud a Varese. Os lo agradece sinceramente... y también la bolsa llena de ducados de oro —dijo Maquiavelo con fingida, teatral indiferencia—. Ahora he de acudir a la Cancillería y llevo algo de prisa —aseguró sin demasiada convicción, al tiempo que hacía ademán de marcharse.

Pero Leonardo parecía no estar ya escuchándolo; había vuelto a sus pensamientos y se despidió de él con un leve gesto de la mano. Al seguir su camino hacia el Palazzo Vecchio, Maquiavelo sacudió la cabeza y musitó: «Nunca, nunca cambiará».

A medida que el sol de finales de verano, esplendoroso, describía su arco sobre el horizonte, el ajetreo de la plaza iba disminuyendo. Era el mediodía, y casi todos estaban comiendo o descansando del trabajo de la mañana. Pero Leonardo seguía, imperturbable, dando tranquilas vueltas alrededor de la fuente, con la mirada lejana, sosegada, perdida en lugares muy distantes.

Súbitamente, el Divino alzó los ojos hacia el astro rey, muy abiertos, al tiempo que sus pupilas se contraían al recibir la fúlgida luz. Deslumbrado, separó la vista, bajando la cabeza, y la dejó fija en un punto cualquiera del adoquinado de la plaza. Se mantuvo quieto unos breves instantes y de pronto salió corriendo. Sus zancadas eran largas; hubo de recogerse la túnica con las manos para evitar trabarse con ella y caer. En su rostro, la expresión de un niño entusiasmado.

Atravesó la plaza, pasando ante el Palacio Viejo y dejando a un lado los amplios arcos de la Logia, y se dirigió a toda velocidad hacia su taller, situado muy cerca de allí. A punto estuvo de ser atropellado por un carruaje al doblar una esquina, pero eso no lo frenó. Parecía poseído, quizá por el genio creador de un artista incomparable. Y aunque Leonardo solía mostrarse tranquilo, sereno, siempre reflexivo, cuando una idea con la fuerza de un torrente lo invadía, era capaz de conducirse como un jovenzuelo ardoroso. A veces, en su trabajo, la energía parecía inundarlo, mientras que en otras ocasiones pasaba horas y horas, e incluso días, en un estado contemplativo. La inspiración era la mitad de su genio; la otra mitad, la reflexión intelectual. Por ello se había granjeado fama de artista lento y parsimonioso, como demuestran los tres años que invirtió en pintar su obra maestra, *La última cena*, en una pared del refectorio de Santa María delle Grazie, en Milán.

Una semana atrás, César Borgia lo había hecho acudir a Roma. Aunque Leonardo estaba a su servicio y los Borgia no eran populares en Florencia, había conseguido que se le permitiera vivir en la ciudad tan próxima a su Anchiano natal. En plena noche, un emisario lo despertó con el mensaje de César: debía acompañarlo de inmediato, sin tiempo que perder en preparativos.

Leonardo tenía un espíritu afable, pero reservado e independiente, y le contrariaba sobremanera estar forzado al capricho de los distintos patrones o protectores a cuyo servicio o bajo cuyo auspicio trabajó en su vida. Y César Borgia era, además, un personaje inquietante. El halo que lo rodeaba, la fama de horrendos crímenes que tenía tras de sí, hacían estar siempre alerta a quienes lo trataban. Era difícil saber qué pasaba por su cabeza, ya que su rostro no dejaba traslucir jamás sus íntimas y verdaderas intenciones. Podía estar siendo devorado por los lobos y, aun así, sonreír y burlarse del dolor; un hombre brillante y sagaz que, no obstante, rara vez se comportaba con auténtica naturalidad, siempre oculto bajo la impasible máscara de la astucia y el cinismo.

Cuando Leonardo llegó a Roma, fue conducido directamente al palacio del Vaticano, residencia del sumo pontífice. Allí, César y su padre, Rodrigo, papa con el nombre de Alejandro VI, lo esperaban con impaciencia. Por aquel entonces, la fama de Da Vinci era ya enorme en Italia, Francia y el resto de Europa. Todos lo apreciaban como artista magistral y competente ingeniero, apartado este último de la actividad humana del que casi podría considerarse padre en un sentido moderno. Y aunque la admiración que sus contemporáneos le tributaban no hacía de él un hombre soberbio, sí favorecía que se le tratara con profundo respeto. Por ello, los Borgia se mostraban considerados y amables, exquisitos en el trato, algo que no

solían practicar con la mayoría de sus servidores o patrocinados.

La excitación de los dos cabezas de la poderosa familia se debía a un hecho acaecido en los días precedentes, instigado por ellos mismos tiempo atrás, pero que obtuvo su fruto de un modo repentino e inesperado. César había conocido, en libros y legajos que se atesoraban en la Biblioteca Vaticana, leyendas que relataban los poderes de la mítica sábana con la impronta de Jesús, la sábana en la que el humilde galileo fue amortajado tras morir en la cruz, y en la que estuvo envuelto, según las Escrituras, dos noches y un día antes de su resurrección. Desde mediados del siglo XV, dicho sudario se encontraba en posesión de una de las dinastías italianas más poderosas, los Saboya, que la habían recibido como legado de sus anteriores custodios, los franceses Charny, no sin un buen número de disputas.

César quería tener la sábana para sí, el emblema protector que conservaría y aumentaría su poder y quizá borraría la huella de sus atrocidades. Pero los Saboya eran sus enemigos, unos enemigos poderosos que no se dejarían arrebatar tan preciada reliquia. Solo la refinada astucia del joven Borgia podría idear un plan para conseguirla. Y este plan resultó, en el fondo, más sencillo de lo que imaginó en un principio, ya que apelaba a uno de los aspectos más íntimos y acervos de la naturaleza humana, al más bajo instinto del hombre: la lascivia.

Los Borgia enviarían a una mujer joven, hermosa y carente de escrúpulos, encargada de seducir a Carlos, el joven hijo de Filiberto, duque de Saboya; este, engañado por la irresistible hembra y a petición suya, le mostraría la sábana celosamente guardada, satisfaciendo en ella un deseo que debería obtener para él la ansiada recompensa de la carne. La mujer le pondría la miel en los labios, obligándole cada vez a mayores

concesiones, hasta el momento en que podría sustraer la reliquia y huir de Chambéry llevándola consigo.

El plan había funcionado. Incluso antes de lo que César tenía previsto. Carlos de Saboya, todavía solo un muchacho, sucumbió a los encantos de la pérfida agente de los Borgia. Se dejó enredar, en su ingenuidad, por las falsas palabras de amor, y permitió que el preciado sudario fuera robado. Esto desencadenó una reacción de la familia que César tenía calculada. En primer lugar, lo mantendrían en secreto, tanto para preservar el buen nombre del chico como para evitar la hostilidad del pueblo que veneraba la reliquia, aunque le fuera mostrada en contadísimas ocasiones. Pero, además, tratarían de averiguar quién estaba detrás del robo, ya que era improbable que una sola persona urdiera la trama, consiguiera los salvoconductos falsos para penetrar el territorio saboyano y tuviera la información necesaria y precisa para llevarla a cabo. Y era esto justamente lo que provocaba la excitación de los Borgia: necesitaban hacer de prisa una copia de la sábana, tan exacta que nadie pudiera distinguirla; así podrían devolverla a los Saboya, aduciendo que la ladrona había sido apresada en sus territorios. Mantendrían para sí la reliquia auténtica a la par que obtendrían una ventaja diplomática.

Pero César, a pesar de no ser un experto, como hombre del Renacimiento, culto, refinado y capaz, sabía que no resultaría fácil pintar una copia idéntica de la tenue imagen del sudario. Aquí entraba Leonardo, el más apreciado pintor de Italia, un hombre de amplio bagaje artístico y científico, maestro de la naturalidad, de la figura integrada en el entorno, del *sfumato*. Si alguien podía lograrlo, sin duda, ese era él.

—Bienvenido, querido maestro —dijo el papa Alejandro cuando Da Vinci se aproximó a él y le hizo una cortés re-

verencia, besando su anillo—. Debéis perdonar a mi hijo. Siempre es demasiado impulsivo.

—Santidad, no solicitéis disculpas de vuestro modesto servidor y explicadme, si tenéis a bien, el motivo de tanta urgencia —respondió Leonardo dulce, pero con un punto de irritación.

César observaba a ambos algo apartado, con el ojo del ave de rapiña, escrutador, capaz de atravesar con la mirada las almas de los hombres. Por primera vez intervino, en su tono habitual, más enérgico que el de su padre, casi amenazante:

—Da Vinci, tenemos un encargo para vos. Debéis juzgarlo sin más preámbulos.

—Bien decís, señor. Es mejor ahorrar ceremonia. Mostradme, pues, de qué se trata.

—Antes de satisfacer vuestra curiosidad, decidme: ¿qué sabéis del sudario de Cristo?

Leonardo comprendió enseguida mucho más de lo que dio a entender con su respuesta. Prefirió dejarse llevar por César; no le convenía demostrar una sagacidad que solo aquel, en su soberbia, creía poseer.

—Conozco el mito —dijo con desinterés—. Una tela que muestra la imagen de un cuerpo. Se venera como la impronta de Cristo. —Notó cómo el rostro de César se encendía ligeramente, aunque este no perdió la calma.

—¿Nada más?

—Nada... En realidad, sí. Creo que pertenece a la Casa de Saboya, ¿no es cierto? Aunque hay copias desperdigadas en toda la cristiandad.

Esta vez, César prefirió no replicar a las palabras de Da Vinci, llenas de una insolencia lo bastante sutil como para evitar cualquier ataque abierto. Se dirigió pausadamente hacia un arca de plata, la abrió y extrajo el sudario doblado en cuatro

pliegues, modo tradicional en que se conservaba desde los tiempos legendarios de Edesa, y que recibe el nombre griego de *tetradiplón*.

Al ver el difuso rostro de Jesús, que ocupaba el centro de la división superior —el *mandylion*—, Leonardo quedó maravillado por la tenue imagen, carente de dolor, solemne y plena de paz. Si él hubiera visto antes ese rostro, no se habría burlado ni tan siquiera como inocente juego de su intelecto. Tenía la expresión del artista que contempla una obra superior y comprende con total nitidez que lo es. Solo fue capaz de exclamar:

—¡Oh! ¡Qué belleza tan serena!

El papa Alejandro lanzó una mirada de aquiescencia a su hijo, que este, aún dolido por la ironía de Leonardo, le devolvió glacial. Era fácil comprender quien regía de veras la familia Borgia.

—Veo que también vos compartís la admiración de todos los que la han visto —dijo César desdeñoso.

—Ahora lo comprendo, ahora lo comprendo... —Leonardo estaba absorto devorando la impronta con la mirada.

—¿Qué es lo que comprendéis? —le preguntó entonces el papa.

—Comprendo por qué la llaman «figura no pintada por mano humana» —respondió Da Vinci aún embebido en la contemplación—. Sería imposible que un hombre la hubiera creado.

La expresión de César Borgia cambió al oír estas palabras. Su gesto, altivo y fatuo, se tornó extremadamente grave.

—Pues debe haber quien la copie —intervino irritado, casi gritando.

En la amplia estancia, ricamente decorada, se hizo el silencio. Parecía que los ángeles del fresco que adornaba el te-

cho hubiesen hecho una pausa en su labor alegórica, observándolos desde las alturas celestiales y esperando una solución. Los grandes espejos, de áureos marcos, situados en el centro de cada pared, reflejaban impasibles a los tres hombres creando un ambiente onírico, irreal.

De pronto, Leonardo dijo con una infinita franqueza:

—Yo no soy el artista adecuado. No podría imitar la sábana. Hablad con Miguel Ángel; quizá...

—¡Olvidad a Miguel Ángel! ¿Cómo me habláis de él, que tanto os desprecia? Es un hombre con talento pero totalmente irreflexivo y caprichoso —vociferó César encolerizado—. No os pago para que me digáis que no puede hacerse. No os pregunto si puede hacerse: os pregunto cuánto tardaréis.

La existencia de Leonardo da Vinci, en lo personal, se había basado en evitar a toda costa cualquier enfrentamiento. De hecho, buscaba siempre reconciliarse con todos aquellos con los que, muchas veces a causa de rivalidades excitadas por terceros, había iniciado alguna disputa o antagonismo. Incluso estaba dispuesto, cuando era necesario, a rebajarse él mismo, a asumir parte de una culpa que casi nunca tenía, pues era de naturaleza cordial y amable, en nada vanidoso o altanero. Y aunque esta actitud le había procurado algunos episodios desdichados, sobre todo con Miguel Ángel Buonarroti —a quien, en secreto, admiraba—, prefería continuar manteniendo esa postura.

—Está bien —aceptó Leonardo inclinando la cabeza—. Intentaré hacer lo que me pedís, señores. Pero no puedo prometeros nada. Y en cuanto al tiempo, al menos necesitaré un año; puede que más...

—Tendréis cuatro semanas a lo sumo —dijo César ya aparentemente calmado—. No disponemos de más tiempo.

—Sabemos que lo haréis con vuestra acostumbrada maestría —intervino el papa. Y tratando de recordar, le preguntó—: ¿Cómo era vuestra divisa, Da Vinci?

—«Obstinato rigore», santidad —respondió con un hilo de voz.

—Obstinado rigor de alcanzar la perfección, eso es: obstinado rigor.

LA NOCHE ERA FRÍA Y DESAPACIBLE. LA CIUDAD DE LA Luz, París, se convertía a esas horas en un manto de sombras que la escasa iluminación de la calle apenas acertaba a penetrar. Las lámparas de gas aún no habían llegado a aquella parte de la ciudad. En el aire, un pestilente olor a moho proveniente del Sena se mezclaba con el repugnante aroma a pescado podrido de las lonjas y el de las inmundicias que se arrojaban al río. Y, por encima de todo, el hedor a cerveza rancia que emergía de las poco recomendables tabernas. Aquel era el lugar donde asesinos, borrachos y prostitutas se divertían hasta que llegaba el alba, y donde temibles personajes urdían intrigas y muertes.

Jean Garou se dirigía a su casa, al igual que todas las noches, pero más tarde de lo habitual. Regentaba una tienda de pescado, que había pertenecido a su familia durante generaciones, en la zona de los muelles: una destartalada casucha de maderas podridas que había conocido mejores tiempos. Encominó sus pasos por el muelle, mirando en todas direcciones con recelo, y tratando de escrutar las sombras. Ya lo habían

atacado en varias ocasiones; en una de ellas incluso resultó herido de gravedad. Al recordarlo, se rozó sin apenas darse cuenta la cicatriz que le atravesaba la mejilla. «Son malos tiempos para los hombres decentes», susurró. El aullido lastimero de un perro se oyó a lo lejos, como si deseara confirmar sus palabras.

Jean alzó la vista hacia el cielo. Las nubes lo cubrían en gran parte, aunque en ocasiones la luna llena conseguía asomarse. Su luz iluminaba la catedral de Notre Dame, situada hacia el este, en la Île de la Cité, dándole a su silueta un aspecto fantasmagórico. Había muchas leyendas que hablaban de esa catedral, antiguos mitos acerca de sociedades secretas y de poderosos caballeros. Garou se preguntaba a menudo qué habría de verdad en aquellos cuentos de brujas.

Algo ocurrió cuando la luna apareció de nuevo entre las nubes. Durante un breve instante, Jean creyó percibir un brillo tenue en el río. Se volvió hacia el borde del muelle, a la vez intrigado y temeroso. Trató de penetrar las oscuras aguas pero no consiguió ver nada. Se puso de rodillas y escrutó aún con más intensidad. Frustrado, se inclinó hasta que su nariz casi llegó a rozar la superficie del río.

—¿Dónde...?

Se oyeron unos pasos a su espalda, acompañados de unas risotadas grotescas y amenazadoras. El ruido cogió de improviso a Garou, que perdió el equilibrio y cayó al río. De repente se vio sumido en la más absoluta oscuridad. El agua helada atenazó al instante su cuerpo, mientras movía frenéticamente brazos y piernas en un vano intento por salir de nuevo a la superficie. Había algo aferrando su pierna que lo impedía. Estaba aterrorizado; tanto que olvidó dónde se encontraba, y gritó, gritó con todas sus fuerzas. Pero solo pudo oír un sonido amortiguado y extraño. El agua fétida entró en sus pul-

mones a través de la nariz y la boca. Se estaba ahogando y, aun así, sintió náuseas. Estaba perdiendo el conocimiento, notaba cómo su conciencia se disolvía en la misma agua que lo estaba matando. Miró por última vez al cielo. La luna apareció entre las nubes, rodeada de un halo verdoso, distorsionada..., y entonces lo vio. Se encontraba justo delante de él. Con las pocas fuerzas que le quedaban extendió el brazo lentamente. Sintió su tacto frío en las yemas de los dedos y un escalofrío recorrió su cuerpo cuando, por fin, lo tuvo en su mano. Entonces quedó liberado. Fuera lo que fuese lo que agarraba su pierna, simplemente lo soltó.

Cuando logró salir a la superficie, aspiró el aire con tanta fuerza que se hizo daño en el pecho. A duras penas, volvió a la seguridad del muelle, donde permaneció inmóvil durante un tiempo, vomitando agua y tratando de recuperar el aliento.